

Reseñas y notas



El expediente 1533: Historia de un asesinato frustrado

(Número 2 de la colección Vicente Sáenz, EDUPUC, 2014)

.....

Como una trágica novela (Oliva: p.82) califica el propio Vicente Sáenz los hechos que le llevaron a prisión durante 103 días en el año 1939. Y como una novela he leído las notas e interpretaciones del historiador Mario Oliva sobre aquellos hechos y su contexto histórico, sociocultural, político e ideológico. La emoción que sintió el historiador al dar con el expediente judicial número 1533 en el Archivo Nacional, es la misma que experimenté al iniciar la lectura de tan intenso y fascinante capítulo de la vida de uno de los intelectuales costarricenses más notables y singulares del siglo XX.

Y es que siendo yo narrador, no pude evitar la envidia hacia el historiador. Mejor dicho, no pude dejar de pensar en la práctica de archivo del profesional en historia como una práctica diferenciada pero, de alguna manera, semejante a las búsquedas del narrador. Quiero decir que el hallazgo de Mario Oliva me sometió

a las necesarias reflexiones sobre la pertinencia del archivo como parte recurrente de los métodos de trabajo del narrador. Muchos escritores lo han hecho en diferentes espacios y tiempos, en los nuestros son ejemplares las narradoras Tatiana Lobo y Ana Cristina Rossi.

Lo cierto es que estamos ante una historia teñida de pasiones, arrebatos, celos, discusiones de alcoba, rencillas entre contendientes amorosos y otras aristas propias de las relaciones entre parejas; todos ellos ingredientes sustanciosos del ejercicio narrativo. Lo sui generis, en este caso, es que se trata de un intelectual y de un luchador antiimperialista, un militante de las causas populares y democráticas y acérrimo defensor del ideal morazanista: la unión centroamericana. Agréguesele a ese personaje, con visos heroicos, el necesario contendiente: un empresario costarricense de origen alemán, de filiación reconocidamente

nazi y representante del partido hitlerista en nuestro país; y entonces se tendrá un panorama francamente melodramático; justo lo necesario para una buena novela o un guión teatral y/o cinematográfico:

A las 10:30 horas de ese día [viernes 12 de mayo de 1939], llegó Vicente Sáenz a la oficina de Herbert Knohr Carranza. Preguntó por él. Se le informó que no estaba. Decidió esperar. A los pocos minutos llegó Knohr, entró a su despacho e hizo pasar a Sáenz. Súbitamente, sin que mediara discusión alguna entre ellos, se oyeron tres disparos y gritos de dolor de Knohr. (Oliva: p.35; paréntesis nuestro)

He allí lo que los gringos llaman la short story, es decir la sinopsis de una intensa fábula lista para ser puesta en palabras, o en escena. A partir del acontecimiento central se desencadena una serie de acontecimientos que van develándonos las relaciones entre estos personajes y el tercero en discordia: la señora Dora Jiménez Guardia, esposa de Sáenz y “novia” de Knohr, proveniente, además, de una de las familias más conspicuas de la oligarquía costarricense. Lo demás es un largo proceso judicial y una tortuosa estadía en la Penitenciaría Central de nuestro personaje principal.

Knohr sobrevive milagrosamente a los disparos a “boca de jarro” de “un

revólver 38 de cañón corto con una mazorca de cinco tiros, de los cuales se habían martillado tres” (Oliva: p.40). Por esta razón, la defensa se centra en probar que no hubo intento de asesinato dado que el ejecutor no disparó toda la munición. Lo importante del estudio de Mario Oliva es la cercanía que tenemos como lectores con las disquisiciones, lamentos, depresiones y arrepentimientos de un Vicente Sáenz demasiado humano, como diría Nietzsche, a quien, sin embargo, nadie creería capaz de semejante acción.

El periodista y escritor venía llegando de España donde había asistido a la caída de la República presenciando los bombardeos de Madrid y Barcelona con su zaga de muertos y heridos. Política, ideológica y emocionalmente regresaba derrotado. Si a ello se le suma la infidelidad de su esposa con un personaje que representaba justamente lo contrario de su credo político y que personificaba, además, a las fuerzas que habían dado el zarpazo a la democracia republicana del heroico pueblo español, pues ya tenemos al protagonista digno de cualquier novela existencialista o de intrínquilis psicológica.

Ciertamente, como señala en el prólogo el maestro Rodrigo Quesada, Vicente Sáenz se nos presenta “más bien conservador, inquieto ante la evidencia de que todas sus nociones sobre los valores que deben caracterizar una relación amorosa o afectiva entre los

hombres y las mujeres flaquean ante criterios morales inconfesables que en mucho recuerdan a los promovidos por la Iglesia Católica” (Quesada en Oliva: p.24). No obstante, debe atenderse al contexto histórico y al clima sociocultural, es decir, a las mentalidades costarricenses de la época, para comprender que Sáenz—de manera paradójica, si atendemos a su carácter de librepensador—pretendía defenderse a partir de la doxa y no contra ella. Dicho de otra manera, es un varón producto de la educación patriarcal que le encomienda a la moral cristiana su defensa y su reivindicación como alguien que defiende el honor personal y el de su familia.

En todo caso, Mario Oliva nos introduce en una de las páginas olvidadas por la historiografía costarricense y nos remite a hechos singulares que estremecieron a un San José bastante bucólico aún, y que hicieron que la prensa se mostrara recatada y algo sensata. Por lo demás, invita a historiadores y estudiosos en general a acudir al reencuentro y escritura de biografías y, por qué no, de autobiografías, como una forma de acercarnos a personajes y acontecimientos que dejan marca con sus acciones, sus ideas y sus intensas emociones.

El lector disfruta, en primer plano, de una acción desusada en uno de los intelectuales más importantes

y reconocidos internacionalmente dentro de nuestra joven historia, pero, a su vez, más olvidados por la historiografía nacional. Reivindicar a ese intelectual, luchador y soñador pasa, necesariamente, por mostrar una de sus facetas más humanas y emotivas concebidas como un arranque emocional ante la burla de que ha sido objeto, según la moral de la época; pero también como un testimonio de su inteligencia emocional para soportar la prisión y para repensar su defensa, así como la tesitura ética y compasiva de su sincera adhesión a valores ciertamente patriarcales.

Intensa lectura de un archivo judicial que retrata no solo a los personajes involucrados, sino que nos devela a una sociedad mojígata y de doble moral, la cual (podría discutirse) no ha cambiado en mucho, con un sector de la burguesía francamente liberal en todas sus facetas. He aquí una nueva manera de hacer historia; mejor dicho, una nueva historia representada de una manera más cercana por cotidiana y, por tanto, como se dice ahora, amigable con el lector contemporáneo, el cual, sin duda, se sentirá más que interpelado ante la aguda presentación de los hechos en sus diversos ángulos y perspectivas.

Adriano Corrales Arias
Instituto Tecnológico de Costa Rica

